

## Centralización del judaísmo en Jerusalén

El trabajo de Josías no se limitó a purificar los lugares mancillados por la idolatría y a devolver el poder a los *anavim*, perseguidos por Manasés y Amón. Los reformadores pietistas, que habían ejercido en su espíritu

una autoridad absoluta, quisieron instituciones según las tendencias nuevas. El judaísmo era como un árbol poderoso, lleno de savia: querían brotar ramas, ocultas hasta entonces debajo de la corteza. La audacia de los innovadores era grande y no se privaban de imposturas ni de mentiras históricas. Resultó de esto una organización poco duradera, pero se fijó en libros que pronto se considerarían sagrados, y continuó siendo un tipo ideal para los siglos siguientes, e introdujo en la masa de la humanidad un elemento importante.

la causa esencial de los abusos religiosos que lamentaban agriamente los profetas era la poca reglamentación oficial del culto. Había cultos locales muy poco vigilados, con los que se mezclaban impurezas extrañas. Era imprescindible una disposición que fijase en Jerusalén el centro único del culto, cosa posible por la poca extensión de Judá. Ninguna localidad del reino estaba a más de doce leguas de la capital.

Josías lo estableció así con una decisión asombrosa. Menos el templo de Jerusalén, se suprimieron todos los santuarios, hecho que significó un grave trastorno para las familias sacerdotales de las pequeñas poblaciones de provincias. Suprimidos los lugares altos de éstas, muchos levitas se quedaron sin pan, y en su mayoría se les trasladó a Jerusalén. Muchos fueron a la capital voluntariamente, después de vender su patrimonio. No se les otorgó el derecho de subir al altar de Jehová con los sacerdotes titulares del templo, que se suponían descendientes de Aarón, y continuaron siendo como sacristanes, pero se les concedió una parte en la distribución de los donativos en especie, sobre todo del pan ázimo que se comían en familia sin distinciones.

De este modo creció en enorme proporción el personal del templo. Desde esta época, el nombre de *sacerdote levítico* empezó a emplearse para designar a los sacerdotes jehovahistas puros. El mito de una supuesta tribu de Leví que cobraba un tanto a sus hermanos por el culto, tomó entonces todo su desarrollo. Empezó a germinar ya en las antiguas redacciones de la Historia Sagrada, pero hasta el tiempo de Josías no se convirtió este rebaño de sacerdotes en una institución de Israel, quizá la que más influyó en sus destinos.

Los levitas eran muy pobres, pues únicamente tenían para comer los productos del templo. El pueblo de los *anavim* o pobres de Dios creció considerablemente. Rodeó el templo una triple hilera de mendigos. Jehová tuvo un ejército de fanáticos que vivían de su altar y holgaban a la sombra del santuario.

La rebelión producida por tales disposiciones no se notó en provincias tanto como pudiera creerse, porque el movimiento de centralización del culto había empezado desde la destrucción de Israel y desde Ezequías.

En Jerusalén fue más honda la reforma y cambió totalmente el aspecto de la religión. El templo adquirió nueva importancia, y resultó semejante al de Melkart en Tiro; el santuario nacional único de un dios que no tiene más que un templo y está solo en él. El monoteísmo absoluto quedó fundado sobre un signo evidente y tangible. Los profetas que hasta entonces habían hecho poco caso del templo, comenzaron a reunirse alrededor de él en los *liska*, que formaban una especie de galería en torno al edificio sagrado. Por otra parte, se formó un auténtico ejército

de clérigos menores junto al templo, y empezó su largo trabajo de organización. El levitismo, que hasta entonces no había rivalizado seriamente con el profetismo, se convirtió en una potencia, mejor dicho, en un obstáculo que daría trabajo al espíritu libre de Israel.

En primer lugar Josías mandó componer el templo, que, como mezcla de metal, maderas y piedra, exigía restauraciones frecuentes. El dinero que llegaba al templo era recogido por los porteros y entregado a los directores de las obras, que se lo daban a los obreros y proveedores de materiales, sin contabilidad regular, con una completa confianza en su buena fe. Josías encargó a su *sofer* Safán que interviniera en la entrega de los fondos a los directores y cuidara de que las obras se realizasen.

También se fijaron y generalizaron las fiestas. Había tres: la Pascua, en el mes de abril (llamada después Nisan); la fiesta de las semanas, que se celebraba siete semanas después de empezada la siega, y la fiesta de los Tabernáculos, al guardar la última cosecha; no pudieron celebrarse dichas fiestas más que en Jerusalén. La peregrinación, al pasar a ser una obligación, tomó gran importancia. Se determinaron los más pequeños detalles de la Pascua, que se convirtió en un recuerdo de la salida de Egipto, considerada el mayor beneficio que otorgó Jehová a su pueblo. En el año decimoctavo de su reinado, celebró el rey una Pascua solemne que causó profunda impresión.

Dichas fiestas, sencillas hasta entonces, revistieron grandes solemnidades, realizadas por el ejército de los levitas. Se organizaron coros de música y se multiplicaron los salmos litúrgicos. Los cánticos de Sion adquirieron fama en el extranjero, y se pedía a los israelitas que los cantasen, como curiosidad de su país.

Se ignora si el casamiento judío estaba acompañado de ceremonias religiosas. Los funerales eran una triste necesidad que no se intentó santificar. Pero la circuncisión, que originalmente no fue más que una operación previa del matrimonio, tomó pronto un sentido místico: significó purificación y consagración, se la aplicó a las disposiciones interiores, e incluso se habló de circuncisos del corazón.

El ayuno se desarrolló en gran manera. Si al ayuno acompañaba el vestirse con tiras de una tela ordinaria llamada *saq* toscamente cosidas, se consideraba un modo eficaz de apaciguar a Jehová, cuando se le suponía dispuesto a castigar el orgullo humano. No es seguro, que Josías instituyera un ayuno anual en día fijo, pero se estaba en vísperas de que este uso se extendiera mucho, especialmente en los aniversarios de lutos nacionales. Había además lutos y ayunos extraordinarios, a los cuales se convocaba expresamente a la población de Jerusalén y de Judá. Estas manifestaciones públicas eran motivo de gran exaltación y movimientos fanáticos sobre los que tenía que ejercer la autoridad una vigilancia frecuentemente ineficaz.

La mayoría de salmos que pudiéramos llamar levíticos nos presentan la pintura exquisita de la felicidad tranquila de que disfrutaban algunos alrededor del templo durante los últimos tiempos de su vida.

Cuando se convirtió el templo en centro panegírico de la nación, pasó a ser también centro del movimiento nacional. Las reuniones de muchedumbre en el templo para ayunos y fiestas, eran las ocasiones elegidas

por los agitadores para sus manifestaciones. En ellas leía y mandaba leer Jeremías sus escritos más violentos. El templo era como las grandes mezquitas mulsulmanas que se conocieron luego. Se concentraba en él la vida del pueblo. Jesús, 650 años después, tuvo que imitar en esto y en otras cosas a Jeremías.

La gran fragmenación con que ha llegado a nosotros la historia de los reyes de Judá solamente nos permite ver el resultado de todas estas cosas. Se supone que fue Jeremías quien ayudó e inspiró al rey en esta gran reforma. Hubo perfecto acuerdo en todos los puntos entre las miras del profeta y las resoluciones del rey. Los profetas de la escuela de Amós, Miqueas e Isaías no habían aconsejado dar esta importancia al templo, del cual se ocupaban poco. Pero ya sabemos que Jeremías era más sacerdote que los profetas anteriores, y resultaba lógico que se ocupase mucho del culto. Su ideal implicaba la religión de Estado, y un rey que con su espada protegiera el culto puro de Jehová. Si se dice que un sacerdote de Anatoth pudo difícilmente ser partidario de la supresión de los cultos locales, contestaremos que aquel sacerdote de Anatoth estaba en guerra con su familia, que quería matarle.

La vigilancia de Josías se extendió hasta el territorio del antiguo reino de Israel. La población israelita era numerosa en aquellos lugares. Se notaba poco en ellos la autoridad asiria, y ésta pudo cesar desde la caída de Nínive. Por esto dichos países quedaron totalmente bajo la acción religiosa de Jerusalén. Los puritanos de Judá sentían aversión por Betel, que había sido el centro principal de lo que consideraban infidelidad de Israel. El becerro de oro que como representación de Jehová erigió Jorboam allí, parece que había sido llevado a Asiria, pero quedaban santuarios, que Josías mandó destruir y quemar. Mandó también registrar las tumbas que había en las alturas cercanas: se desenterró a los muertos y se quemaron los huesos en el altar para mancillarlo eternamente.

También visitaron y purificaron el resto de Samaria, y los sacerdotes que seguían oficiando en altares idolátricos fueron muertos y quemados.

Semejantes actos parecen indicar que el poderío de Josías se extendía al territorio del antiguo reino del Norte. Jeremías soñaría en una restauración de Israel convertido y vuelto al santuario único de Sion. Probablemente si hubiera durado el reino de Judá habría reconstituido la unidad israelita, con Jerusalén por capital, pero afortunadamente no fue así. Este programa lo realizaron los asmoneos quinientos años después, y si Israel no tuviese más título de gloria que la existencia de este pequeño Estado, poco sería su renombre en el mundo. El ideal de los profetas de la antigua escuela, por esencia humanitaria y cosmopolita, era el verdadero. El movimiento dirigido por Josías, relativo especialmente al culto y a la liturgia, habría apartado a Israel de su auténtica vocación si Nabucodonosor no hubiera venido, como en otra época Tito, a hacer absolutamente preponderante la dirección de los grandes idealistas. Dos veces debió Israel su salvación, precisamente a lo que pierde a los demás: a ser encaminado por la destrucción de las pequeñas esperanzas mundanas hacia sus grandes deberes con la humanidad.